

1

ENTORNO, JUVENTUD, FAMILIA

El atardecer otoñal, divisado desde la torre central y más alta de la alcazaba, siempre la cautiva; su mirada se pierde en las sierras del monte Ataecina, contemplando el deslumbrante ocaso de la tarde, coronado por nubes caprichosas sobre los picos más altos. Le encanta ensimismarse en las formas fantásticas que se dibujan en el horizonte. Le intrigan los tenues rayos del sol mortecino, proyectándose sobre las tres gigantescas rocas de las ruinas de lo que alguna vez fuera lugar de culto a la diosa indígena Ataecina. Relajada, sintiendo la suave brisa en su rostro, rememora la leyenda que ha corrido entre los lugareños de la planicie sobre pequeños seres alados semitransparentes que aparecen en las calurosas noches de verano, revoloteando sobre las murallas de la alcazaba y emitiendo un tenue sonido musical, parecido al canto del ruiseñor. Son como grandes libélulas de ojos luminosos, danzando suavemente al ritmo de una mágica música que surge desde el interior de la tierra, pero que nadie asegura haber escuchado. Dicen que su mundo está en las profundidades, en cuevas subterráneas para proteger sus delicados cuerpos de los rayos del sol. Sus ojos emiten luz, como las luciérnagas, para poder volar en la oscuridad de su hábitat.

Pese a la fantasía, Zulema se siente invadida por el deseo de volar sobre las montañas que aparecen ante sus ojos, escoltada por estos seres fantásticos.

Zulema es una preciosa muchacha de grandes ojos oscuros, larga melena de pelo negro semirrizado, piel bronceada por la brisa atlántica; con una expresión en su rostro dulce y cautivadora y una figura estilizada de mediana estatura. Tiene dieciocho años recién cumplidos. Su belleza es una mezcla de rasgos tuaregs y semblanza hispana. Es la hija mayor del emir Alikasen. Vive en un pequeño emirato plagado de sierras, bosques, abundante agua y, sobre todo, de una pintoresca diversidad de habitantes. Un entorno, referencia de paz y desarrollo en este extremo del Al-Andalus. Se da la curiosidad de que, perteneciendo al Reino de Sevilla desde el siglo IX, el emirato de Aracena se integró con posterioridad en el reino de taifas de Niebla, estableciendo un poder autónomo, vigilado y vasallo, que abarca las estribaciones de Sierra Morena hasta la zona fronteriza con el reino de Portugal. Son muy codiciadas sus explotaciones mineras de plata, pirita y oro, aprovechando para su comercialización las antiguas vías romanas de Luxia y Ruta de la Plata.

Desde temprana edad, pese a que su padre quiso que se formase en Sevilla, se ha obstinado en permanecer en su Aracena natal. Su único hermano, Alamid, fue enviado hace un par de años a la corte de Damasco, para recibir una educación elitista, como futuro sucesor de su padre. Tiene veinte años y nunca se llevó demasiado bien con su hermana, dado su carácter excesivamente arrogante y clasista. A pesar de todo, Zulema siente por él un gran respeto y cariño.

Su madre, Zulima, callada, huidiza y un tanto arisca, siempre ha permanecido en segundo plano y alejada de todo protocolo. Para Zulema, el gran eje de su vida, su punto de referencia, es su padre.

Alikasen llegó al poder tras la muerte de su padre, superando en sus comienzos (1232), con relativo éxito, la invasión de una mesnada de la Orden del Hospital de San Juan, al servicio del rey Sancho II de Portugal. Por esas mismas fechas se inició la prestigiosa dinastía nazarí de Granada, extendiendo

sus influencias, como una lluvia fresca y deseada por todo el Al-Andalus. En su etapa juvenil, el emir estuvo varios años en esta preciosa ciudad hasta completar su formación militar. Su carácter abierto y pacificador le ha hecho ganarse la confianza de incluso sus hipotéticos enemigos cristianos. Sus convicciones islamistas no son obstáculo para acercarse en muchas de sus actuaciones a la cultura cristiana. Es muy notoria y difundida su relación matrimonial monógama. Nunca ha tenido harem ni ha permitido la esclavitud en la alcazaba. Es un disidente de la doctrina imperante en Al-Andalus, un estudioso erudito de los cielos estelares. Numerosas noches contempla con parsimoniosa paciencia el firmamento desde la torre central, orientado por las indicaciones de un astrolabio que le regaló su padre cuando tenía escasamente quince años. Las distintas denominaciones de Aracena a través de los tiempos siempre hacen referencia a las alturas, a las peñas, a los astros, y Alikasen se alimentó desde pequeño de estas incógnitas, buscando con escasos conocimientos nuevos puntos luminosos en el mar de la noche. Esta afición, con el paso de los años, le está ocasionando cierta pérdida progresiva de agudeza visual y, aunque es consciente del riesgo que conlleva, desoye los consejos de su médico particular, persistiendo en su búsqueda.

En lo más alto del alminar de la mezquita, como en otras tantas ocasiones, Zulema contempla la llanura que se extiende en dirección a Sevilla, llamándole la atención una nueva construcción de base rectangular y sin techo que le parece, desde la distancia, una cruz gigante en su base. Su padre ha comentado que no le agrada tener tan cerca de la mezquita un edificio de culto de los arrogantes cristianos. Observa, aún desde la lejanía, la presencia de nuevos individuos curiosamente vestidos con ropas similares a las chilabas, de color marrón oscuro, quizás negro, con una capucha sobre sus espaldas y un pequeño rapado circular en sus coronillas.



Templo cristiano en las planicies

Hasta hace unos años su presencia era anecdótica, pero últimamente es frecuente verlos en mayor número por las poblaciones más importantes del emirato. Nunca ha hablado con ninguno de ellos; parecen rehuir su presencia. Están colaborando con los constructores del nuevo edificio religioso.

En la explanada contigua, en dirección a la sinagoga judía, distingue el ajetreo del mercado diario, plagado de pequeños puestos de frutas, verduras, vasijas de barro, algunos animales domésticos... Destacan dos tiendas mayores, construidas por completo de madera, situadas en el rellano más concurrido, y que son la atracción de todos los visitantes. Están regidas por meticulosos y desconfiados judíos, que ofrecen lo más selecto en sedas, marroquinería, joyas...; comercian sobre todo con objetos de oro y plata y, en especial, con monedas.

A Zulema le llama mucho la atención la reducida comunidad judía, de indumentaria tan peculiar como su carácter; siempre pendientes de todo cuanto les rodea; poderosos, ricos; imprescindibles para la economía local. Le parecen personas muy sabias y amables, y son las únicas, junto a los suyos, que poseen edificio de culto. Le encanta estacionarse frente a la portada de la sinagoga y contemplar desde la escalinata la sencillez del diseño. Nunca ha estado en su interior y de ahí su curiosidad. Desde donde la observa, destaca la techumbre redondeada de la misma. Es una construcción única en todo el emirato.

El mercado, visto desde el alminar, es como un hormiguero de continuos movimientos, con alguna fugaz carrera de chavales en acción de rapiña. Es divertido observar cómo suelen escabullirse, dejando a sus perseguidores malhumorados y haciendo gestos ostensibles de gran enfado.

Inmersa en estas observaciones, desvía la mirada a su derecha, muy cerca de la nueva construcción, llamando su atención un jinete, parado en la fuente que lleva su nombre y que mandara construir su abuelo para conmemorar su nacimiento, aprovechando un manantial de aguas cristalinas que

surge de las laderas de la mezquita. No distingue los rasgos del jinete, pero siente una gran curiosidad por la belleza del caballo, ejemplar blanco de gran tamaño e imponente estampa. Están parados examinando el caudal del único caño. El jinete descaburga e intenta beber un poco de agua que contiene en sus manos.

Aunque la distancia no le permite apreciar muchos detalles, a Zulema le sorprende la vestimenta tan poco usual que el hombre lleva: ropa muy ceñida, mallas metálicas en brazos y piernas y una gran capa blanca cayendo sobre la espalda.

Por un instante, le parece que el jinete también la mira. Deja su puesto de observación y desciende por los estrechos y empinados escalones del alminar. Llega a la planta baja y se detiene un instante a contemplar la multitud de columnas y arcos que hay por todas partes. Diferentes capiteles de mármol blanco, de piedras talladas; columnas diversas en estilos, pero no en tamaño; arcos de medio punto elaborados en ladrillo rojo... Los rayos de sol entran por las dos únicas ventanas, estrechas y alargadas, en el ala sur, creando un efecto sugerente que invita al misticismo y que contrasta con el raudal de luz que penetra por el acceso principal del ala oeste. La poca altura de la techumbre, la armónica disposición de todo el conjunto, invitan a introducirse en el rezo, pero no es el momento adecuado. Compara instintivamente la mezquita con el edificio en construcción de los cristianos, y siente que comparten algunas similitudes, pero no sabría decir en qué consisten.



La mañana es radiante; hay un espléndido cielo azul y un ligero viento que hace ondear la bandera de la media luna, colocada en una de las torres de la entrada principal a la alcazaba. Zulema, aún medio dormida, se acerca a la estrecha ventana de su alcoba, por donde entran los primeros rayos de sol, iluminando y dando un especial realce al suelo de losas de mármol blanco, vetado con líneas irregulares de color rosáceo.

Distingue la danza serpenteante de la media luna, y esto hace que recuerde que hoy está prevista la llegada de una comitiva de altos cargos procedente de Granada. Como en otras ocasiones, realizarán una visita exhaustiva a distintas zonas del emirato, y ella deberá estar presente. En realidad se siente muy bien cuando es requerida para ampliar algún dato histórico o costumbrista de todos estos lugares tan llenos de magia y encanto. A su padre le enorgullece tanto la admiración que despierta su hermosura como la gran atención que prestan a sus narraciones los invitados. Ella lo sabe y siempre intenta mantener un estricto protocolo, que a veces le es imposible llevar a rajatabla.

Se nota un ritmo más activo en el interior de la alcazaba, e incluso en el recinto amurallado.

Todos se preparan para el acontecimiento. Algo llama su atención con especial interés: la minuciosa ceremonia de engalanar a unos treinta caballos de guerra para rendir honores a los poderosos visitantes. En contadas ocasiones se reúne tanta caballería en el patio interior, junto la gran torre central. El ruido de las herraduras y el tintineo metálico de las monturas le provocan sensaciones de protección y miedo a la vez; una mezcla de inseguridad y amparo al pensar en la posibilidad de un ataque exterior.

Tiene que darse prisa; quiere pasar un buen rato en la mezquita.

Pese al ambiente sosegado de la mañana, ha tenido un despertar con cierta zozobra, y en ese estado siempre recurre a la soledad de las columnas y arcos, intentado calmar sus temores con la oración. Se le repite, con cierta frecuencia, un sueño en el que aparece aislada en un paraje desconocido, en medio de un gran cráter del que es imposible salir. La desgarradora sensación de soledad y desamparo que vive en esos momentos la hacen buscar de inmediato la cálida voz de su madre, Zulima; la caricia de sus manos, el abrazo espontáneo, el cobijo seguro de su infancia.

Ha encontrado a su madre dando los últimos retoques a su larga melena. Basta un cruce de miradas para que ella sepa qué le pasa.

—¿Otra vez un mal sueño, hija? —pregunta con voz serena.

—El mismo de tantas veces. —Las manos de Zulema se unen en un cariñoso gesto a las de su madre.

—No le des importancia, es sólo un sueño.

—Pero es tan real la sensación, que no puedo evitar el miedo de que pueda vivirlo despierta.

—Todos tenemos nuestros miedos injustificados aparcados en el mundo de los sueños. —Zulima acaricia suavemente una mejilla de su hija—. No hay que darle importancia; es una irrealidad, una fantasía dolorosa que desaparece al abrir los ojos. Cuando la luz entra en tu interior, desaparece la imaginada oscuridad.

—No puedo evitar la angustia que me produce, mamá.

—Anda, te acompaño a la mezquita; ya verás como te sientes mucho mejor.

Salen de la habitación agarradas del brazo, cubriéndose el rostro con sus respectivos velos, y atraviesan el patio de armas, ante la fugaz mirada de los soldados. Se dirigen a la única entrada de la mezquita desde la alcazaba.

De rodillas, apoyando los antebrazos en el frío suelo, inclinadas y en el más estricto silencio, Zulema y su madre inician un rezo interior, que acompañan con ligeros movimientos de sus cabezas hacia delante. Están en el centro de la mezquita, justo debajo del arco que soportan dos columnas de capiteles blancos, parecidos al nácar, que culminan dos bases de granito labradas.

Tras un breve espacio de tiempo, Zulema se levanta; tiene deseos de marcharse y no se concentra en sus oraciones. Está inquieta; necesita salir a espacios abiertos. Se despide de su madre y se dirige a la entrada del alminar. La subida por los estrechos y empinados escalones es, pese a su juventud, un tanto fatigosa. Desde las almenas observa toda la armonía

que desprende el paisaje; poco a poco va encontrando la tranquilidad deseada.



Va acompañada por dos sirvientes tan jóvenes como ella, Alí y Mustafá. Simpáticos y serviciales, son sus fieles aliados y protectores. Hermanos gemelos, son los hijos de un comerciante local que se arruinó al perder, en un incendio intencionado, toda la lana que tenía almacenada para vender en Sevilla. Nunca se supo quién estuvo detrás del incendio, aunque la voz popular culpó a los judíos. El infortunio de la familia hizo que el emir acogiera a los dos jóvenes al servicio de su familia.

En esta ocasión ha elegido la senda de bajada de la ladera oeste, el descenso más pronunciado y alejado. Hace algún tiempo que no recorre las, cada vez más, escasas ruinas romanas de un antiguo asentamiento, en la zona denominada "Urraca". Los lugareños utilizan las piedras para construir paredes y albercas en la zona, aprovechando un manantial cercano para el regadío de sus pequeños huertos. Cada vez quedan menos vestigios de lo que debió ser una gran mansión romana. Se ven merodeando extraños personajes que arrancan las piedras labradas y excavan en los alrededores buscando monedas y supuestos ocultos tesoros. Cada día están más desoladas las viejas ruinas, y a Zulema la entristece que no se haya puesto fin a este destrozo y al pillaje.

En estos pensamientos, y sin hacer apenas comentarios, se ha parado en el centro de lo que debió ser un gran salón. No quedan más que cuatro o cinco fragmentos de antiguos frisos que seguramente acabarán incrustados en alguna alberca o destrozados por algún buscador insensato. Se agacha y limpia la tierra que cubre los pequeños recortes de azulejos que dan forma a una figura de ciervo. Al pasar los dedos por la suave superficie, siente un extraño deseo de protegerlo y, a la vez, ganas de arrancarlo y llevárselo. Alí y Mustafá la contemplan en silencio.

—¿Sabéis...? Aquí vivió un poderoso senador romano. —Zulema habla, sin levantar la mirada del friso—. Cuentan que desde este lugar se divisaba una vista espectacular del templo griego que existía en el cerro, donde hoy está la torre central de la alcazaba.

—¿Quién te ha contado tal cosa? —pregunta Alí.

—Mi abuelo. Incluso creía que algunas de las columnas de la mezquita provenían de los restos de ese templo. Me contó que permaneció indestructible hasta la llegada de los bárbaros del norte. Fue un símbolo en la ruta que unía Luxia, Vía de la Plata y Emerita. Un senador romano procedente de Emerita, amante del arte griego, se instaló en este lugar y cuidó con celo y esmero su conservación.

—¿Y como no hay ningún documento que lo demuestre? —dice Mustafá, rompiendo su silencio.

Zulema se levanta, mirando con curiosidad al muchacho, y le contesta:

—Fueron destruidos, quemados o tal vez robados, pero se transmitió de generación en generación —dice, no muy segura de lo que está afirmando—. Han pasado tantos siglos que poco a poco se va olvidando.

Las sonrisas de incredulidad de los gemelos la hacen desistir de continuar hablando. Inicia su caminar sin prisas, un tanto molesta por la simpática mofa de sus acompañantes. De reojo, y de vez en cuando, lanza miradas de cierto enfado, pero no se irrita; conoce bien el carácter de los hermanos, y empieza a contagiarse de sus risas, aunque intenta que no se le note mucho.

La llegada de la comitiva de altos cargos no está prevista hasta mediodía, por lo que aún le queda tiempo para echar un vistazo a la nueva construcción de los cristianos. Este edificio la atrae de forma especial. Es la obra de mayor envergadura que se está ejecutando en el pequeño emirato. Con estos pensamientos, llega al recodo de la ladera, divisando los cuatros gigantescos robles que rodean la fuente de su nombre.

La proximidad del agua le despierta el deseo de remojar un poco la garganta; además, siempre que pasa por aquí suele pararse y mojar sus manos en las cristalinas aguas; incluso suele sentarse en los bancos de piedra adosados a las cuatro paredes a escuchar el continuo gorgoteo del manantial y a observar el movimiento de pequeñas partículas de arena, empujadas desde el interior y atrapadas en un remolino eterno y constante. Encima, a poca distancia del suelo, surge de la elaborada estructura arabesca del muro, un caño de hierro que arroja por su boca un torrente del líquido elemento.

No hay nadie en la fuente en estos momentos. Zulema aprovecha para colocar su boca, sin recato y sin miradas extrañas, bajo la libertad del fluido. Nota el primer impacto de la frialdad, dejándose llevar y alzando su cara hasta alcanzar el agua sus ojos. Se mantiene así unos segundos. Alí y Mustafá la contemplan ensimismados, encantados por la sensual imagen. Al incorporarse y abrir los ojos, la invade el recuerdo de la imagen del caballo blanco y el jinete.